

ISSN: 0210-7287

DOI: <https://doi.org/10.14201/1616202414129154>

# EL PUZLE DE LA MEMORIA EN ESPAÑA Y EN ALEMANIA: MIRADAS RETROSPECTIVAS A LA INFANCIA EN ESCRITOS AUTOBIOGRÁFICOS O AUTOFICCIONALES

*The Puzzle of Memory in Spain and in Germany:  
Retrospective Approaches to Childhood in  
Autobiographical or Autofictional Writings*

Juan Manuel MARTÍN MARTÍN  
Profesor Permanente Laboral  
*Universidad de Salamanca*  
*jm.mm@usal.es*

Recibido: 29/05/2024; Aceptado: 11/07/2024; Publicado: 29/11/2024

Ref. Bibl. JUAN MANUEL MARTÍN MARTÍN. EL PUZLE DE LA MEMORIA EN ESPAÑA Y EN ALEMANIA: MIRADAS RETROSPECTIVAS A LA INFANCIA EN ESCRITOS AUTOBIOGRÁFICOS O AUTOFICCIONALES. *1616: Anuario de Literatura Comparada*, 14 (2024), 129-154.

RESUMEN: La rememoración de las experiencias vividas en la infancia o adolescencia durante épocas convulsas como la Guerra Civil española o el Tercer Reich requiere de un notable esfuerzo. Para los autores no resultaba fácil encontrar el momento apropiado para hacerlo no solo por sus circunstancias personales, sino también por el contexto que los rodeaba. Tanto en España como en Alemania se sucedieron a partir de 1939 y de 1945, respectivamente, etapas sucesivas en las que divergía la manera de contemplar el pasado. Tras repasar algunos conceptos básicos, así como los marcos cambiantes en cada uno de los dos países, este artículo analiza las memorias infantiles y juveniles principalmente de Fernando Fernán-Gómez, Marcel Reich-Ranicki, Tere Medina-

Navascués y Ruth Klüger, relacionándolas con las de otros autores de su época que también han escrito obras autobiográficas o autoficcionales. Más allá de las muchas diferencias, también se pueden encontrar analogías entre ellos no solo en lo que cuentan, sino en su necesidad de que transcurrieran muchas décadas hasta que se decidieron a asentar por escrito lo vivido.

*Palabras clave:* Guerra Civil española; Tercer Reich; Holocausto; memorias y autoficción; España y Alemania.

**ABSTRACT:** Recalling the experiences of childhood or adolescence during convulsive times such as the Spanish Civil War or the Third Reich requires a considerable effort. It was not easy for the authors to find the right moment to do so, not only because of their personal circumstances but also because of the context that surrounded them. In both Spain and Germany, after 1939 and 1945 respectively, there were successive stages in which the way of looking at the past diverged. After reviewing some basic concepts, as well as the changing frameworks in each of the two countries, this article analyses the childhood and youthful memoirs mainly of Fernando Fernán-Gómez, Marcel Reich-Ranicki, Tere Medina-Navascués and Ruth Klüger, relating them to those of other authors of their time who have also written autobiographical or autofictional works. Beyond the many differences, it is also possible to find analogies between them, not only in what they tell, but also in their need to wait many decades before they decided to write down what they had experienced.

*Key words:* Spanish Civil War; Third Reich; Holocaust; memoirs and autofiction; Spain and Germany.

## 1. MIRADAS RETROSPECTIVAS A LA INFANCIA: (RE)CONSTRUIR EL PUZLE DE LA MEMORIA

Los complejos acontecimientos del siglo XX en Europa han generado una memoria traumática y enmarañada que con el paso del tiempo se ha ido tejiendo y destejiendo en función de los contextos particulares de cada nación. Ya en los años veinte del siglo pasado, el sociólogo francés Maurice Halbwachs ponía de relieve la dimensión social de la memoria: la fijación y preservación del recuerdo tienen lugar en un contexto colectivo; en él se determina qué y cómo ha de recordarse. Las aportaciones de *Les cadres sociaux de la mémoire* (1925) caerían en el olvido junto con su autor hasta los años ochenta; décadas después serían recuperados y ampliados en el ámbito de los estudios de memoria. El propio Halbwachs se perdería entre el desconcierto que asoló la Europa de los años treinta y cuarenta, y fallecería en el campo de concentración de Buchenwald cuando faltaban unas

pocas semanas para el fin de la guerra. Más allá de las profundizaciones y ampliaciones posteriores, en los escritos del sociólogo francés ya se ponía de manifiesto cómo el marco social iba colaborando en la construcción de las memorias individuales; asimismo la decisión de olvidar o recordar, y el modo de hacerlo, estarían supeditados al contexto en el que se desenvuelve el individuo. Las obras y los autores de los que se ocupa este artículo dan cuenta en buena medida de estos condicionantes y ponen de relieve que el deseo o la necesidad de esperar durante un largo periodo de tiempo para afrontar el recuerdo están en gran medida vinculados al entorno físico, temporal, histórico o cultural correspondiente.

Todorov (2015, 10) defiende la complementariedad de la memoria y la historia, en tanto en cuanto una permite completar espacios que la otra ha dejado sin cubrir, al tiempo que la objetividad histórica hace posible construir una estructura más precisa que se completa con el recuerdo:

La memoria tiene una potencia que la historia nunca alcanza porque la primera se funda sobre una vivencia interior, mientras que la segunda busca objetivar en la medida de lo posible y no descansa en el relato del individuo sino en el acopio de datos históricos y cifras que permiten probar que la situación era así, pero no dicen cómo vivía la gente. Necesitamos las dos.

Memoria e historia ayudan a conformar lo que aquí hemos denominado «puzle», un entramado que cobra su sentido último contemplado en una dimensión europea. Sin perder de vista que los acontecimientos a los que hubo de enfrentarse cada Estado a lo largo del siglo XX no pueden ser equiparados, ya que eso implicaría una simplificación inaceptable, tampoco se puede ignorar que hay líneas comunes que atraviesan los sucesos particulares. El desconcierto y el trauma que generó la violencia a lo largo y ancho del continente dejaron una huella sobre la que se han construido las identidades de las diferentes naciones, desde Finlandia a Italia, desde Portugal a Rusia. La construcción de una memoria colectiva en países cuyo pasado es tan complejo está a menudo revestida de polémica. Y esto es precisamente otro elemento que comparten estos procesos de rememoración que van desarrollándose a lo largo de décadas sin que de momento hayan alcanzado un consenso general en sus respectivas sociedades. La literatura ha de asumir aquí su responsabilidad con el fin de «interpretar el pasado, otorgarle sentido, y con ello mantener vivo el recuerdo y coadyuvar a la configuración de una memoria y una identidad» (Maldonado Alemán 2009, 16). Esta labor que se le atribuye al discurso literario reviste una notable complejidad, más aún si esos tiempos de los que se debe ocupar representan una maraña cuyas ramificaciones han seguido extendiéndose para proyectar su sombra sobre el presente. Resulta paradójico que el pasado se encuentre en el centro de muchos de los debates públicos cotidianos

al tiempo que tenemos la percepción de que el recuerdo de aquel está en riesgo. Como indica Huyssen (2003, 9), en la posmodernidad el sujeto ha pasado de preocuparse por los «futuros presentes» (*present-futures*) a los «pretéritos presentes» (*present-pasts*), y esta no es más que una forma de defenderse ante la vertiginosa desaparición de su pasado.

La I Guerra Mundial no fue más que un prólogo de la violencia y la agitación que había de precipitarse sobre Europa a lo largo de las décadas siguientes. Tanto en España como en Alemania, los años más desdichados se vieron precedidos por periodos de ilusión que solo representaron vanos intentos de impedir conflictos aparentemente inevitables. La II República (1931-1936/39) o la República de Weimar (1918-1933) coinciden cronológicamente de manera efímera, sin embargo, tienen en común fracasar como intentos democratizadores, contar con un número enorme de enemigos y preceder a dos momentos catastróficos en la historia de sus países: la Guerra Civil española y el Tercer Reich (cuyo final iría unido a la derrota en la II Guerra Mundial). Estos episodios, con todos sus elementos complementarios, representan piezas esenciales de la historia de los países en los que se desarrollaron y, por su gravedad, forman parte del devenir europeo contemporáneo. Quienes vivieron ese tiempo en la infancia difícilmente han podido desprenderse de unas experiencias que han sido determinantes para su desarrollo personal; no todos los testigos se han encontrado en disposición de compartir en su entorno sus recuerdos de entonces, y muchos menos aún han sido capaces de plasmar por escrito esa mezcla de esperanza y desesperación que caracterizó a los años veinte, treinta y cuarenta del siglo pasado. Como se plantea más abajo, hay diversas circunstancias que han determinado el silencio de unos o la tardanza de otros en contar lo vivido. Y estas divergen en gran medida en función del desarrollo histórico de cada país: la dictadura o el exilio tras la guerra en España, la partición y las tensiones derivadas de la Guerra Fría en Alemania<sup>1</sup>.

¿Pueden tener algo en común una niña de familia republicana española y una niña judía austriaca? La respuesta la facilitan ellas mismas en sus escritos, desde donde hacen una mirada retrospectiva al tiempo convulso de su infancia. Ambas tuvieron que huir para sobrevivir, de tal forma que los vientos agitados las llevaron incluso a otro continente, y en América llegaron a la edad adulta. Los escritos de Tere Medina-Navascués (1924) y Ruth Klüger (1931-2020) son una herramienta contra el olvido, probablemente

1. Los recuerdos infantiles de muchas víctimas alemanas del Holocausto que consiguen sobrevivir al genocidio no van a estar determinados por el contexto político centro-europeo, ya que estas se establecen en otros países como Estados Unidos o Israel y será desde allí desde donde afronten esa memoria traumática.

una terapia necesaria y solo posible mucho después de los sucesos que narran. Ellas tuvieron que afrontar la labor de recordar desde la lejanía, y se hicieron mayores asumiendo la amputación de su tierra natal. Así pues, carecían de la estabilidad que Halbwachs (2004, 161) le atribuía al espacio, puesto que este «nos ofrece la ilusión de no cambiar en absoluto a lo largo del tiempo y de encontrar el pasado en el presente». No es este el caso de Fernando Fernán-Gómez (1921-2007) y Marcel Reich-Ranicki (1920-2013), pues con ciertas salvedades sí pudieron desarrollar el resto de sus vidas en los países que los habían visto nacer o crecer. Coinciden ambos en el relato detallado de los momentos agitados que les tocó vivir, si bien sus infancias –a diferencia de lo que ocurre con las autoras mencionadas más arriba– no son equiparables en relación con la gravedad de las experiencias que tuvieron que afrontar. No obstante, la contraposición de vivencias también sirve para completar el puzle de aquella Europa. Cualquiera de los cuatro autores mencionados, como de otros que irán siendo citados en las próximas páginas, constituyen las «pequeñas luces» que, como explica Todorov (2015, 10)<sup>2</sup>, deben ir alumbrando el discurso histórico.

Con el paso del tiempo, «los recuerdos personales han sido modelados por la memoria colectiva» (Domínguez Prats 2016, 66) en el sentido del planteamiento de Halbwachs respecto a la relevancia del elemento social en la construcción de la memoria<sup>3</sup>. En el ámbito alemán, Jan y Aleida Assmann alumbrarán el término de memoria comunicativa para referirse a esa memoria que emerge gracias a la interacción de varias generaciones que van compartiendo su visión de lo acontecido<sup>4</sup>. Precisamente, son tantas las décadas transcurridas entre los hechos vividos y la plasmación literaria de estos que ha de darse por sentado que el recuerdo individual se ha visto modificado,

2. A juicio de Todorov (2015, 10), lo histórico constituye un marco general en el que se integra lo memorial, que representaría los detalles más particulares: «Para mí la historia debe ser el cuadro global y la memoria debe estar dentro para alumbrarla de cerca. Hay una gran luz en la calle, pero también necesitamos una pequeña luz, quizás una vela, en una esquina, que va a iluminar de otro modo un rincón minúsculo del mundo y puede conmovernos de manera profunda».

3. Haro Tecglen (1996, 15) asume que el paso del tiempo ha tenido un efecto inevitable sobre la imagen que ha conservado del niño republicano que fue: «*Pobre niño: tiene ahora este biógrafo que le evoca y le confunde. No sé qué hay de verdad todavía en él, qué de invento de los lustros, qué de literatura al escribirlo*» [en cursiva en el original].

4. Los Assmann desarrollaron una teoría –apoyada a su vez en Halbwachs– que se basa en la idea de que existe una diferencia cualitativa entre una memoria colectiva sustentada en la comunicación cotidiana y una memoria colectiva asentada en objetivaciones culturales cargadas de simbolismo. Diferencian así entre una memoria comunicativa y una memoria cultural (véase: Assmann A. 1999/2006; Assmann, J. 1992).

completado o influido por el contexto en el que los testigos han crecido. Por otro lado, es pertinente considerar la influencia que ejerce la memoria traumática forjada en unas latitudes sobre el recuerdo construido en otros lugares. Esto es lo que plantea Michael Rothberg (2009) a través de su concepto de *memoria multidireccional* que él desarrolla en relación con el recuerdo del Holocausto. En este sentido, podemos considerar a los autores aquí analizados desde una perspectiva transnacional en la que se han establecido interacciones e influencias mutuas, hayan sido estas conscientes o inconscientes.

Estas consideraciones previas son especialmente pertinentes al referirse a los recuerdos de la infancia, pues ha habido más tiempo para conformarlos y reconstruirlos en el marco de dicha memoria comunicativa. Conscientes o no de esta circunstancia, muchos autores sí ponen de manifiesto cómo los episodios más agitados de la historia europea que presenciaron como niños han sido determinantes en sus vidas. De ahí la necesidad de abordar literariamente esa etapa, por mucho que haya sido el tiempo transcurrido, o bien de volver una y otra vez sobre ella como ocurre en el paradigmático caso de Günter Grass. En sus memorias publicadas con casi ochenta años, el escritor y crítico español José Monleón (2008, 34)<sup>5</sup> declara: «Fui un niño de la guerra y, en cierto sentido, lo soy todavía. Cuanto más tiempo ha pasado más cuenta me he dado de ello». Este persistente eco de los recuerdos de infancia o adolescencia a lo largo de la vida de los testigos es representativo de muchos otros como Theodor Buhl, Inge Deutschkron<sup>6</sup>, Dieter Forte o Ruth Klüger. La española Tere Medina-Navascúes (2006, 17) explica de forma poética en las líneas que introducen su relato de los años de infancia durante la Guerra Civil española que «[su] envés son aquellos tres años coagulados de miedo». El miedo o el desconcierto son comunes a los relatos de muchos testigos, y también a ello se debe que la huella haya sido tan persistente. Cuando le decían a Ruth Klüger (1997, 77) que era demasiado pequeña durante el Holocausto para poder recordarlo, ella pensaba: «Quieren quitarme mi vida, pues la vida es solamente el tiempo

5. En el mismo sentido se expresa el escritor alemán Dieter Forte (2002, 57): «Nací en 1935, en 1939 comenzó la guerra, seis de guerra como niño y tres años de posguerra. Así que siento que mi vida está destruida. Soy un niño de la guerra al que esta lo ha marcado en todos los sentidos» [todas las citas de este autor son traducción propia].

6. Así expresa Deutschkron (2003, 196) la intensidad del recuerdo y la necesidad de esperar décadas antes de acometer la labor de escribir sobre lo vivido: «El recuerdo de todo lo bueno y lo malo que me ocurrió entonces ha permanecido tan intenso y vívido, independientemente de mis anotaciones, que incluso hoy no puedo pensar en ello sin emoción. Por eso, no es casual que haya tenido que esperar treinta años para que me pusiera a escribir sobre mis experiencias» [traducción propia].

que uno ha recorrido, es lo único que tenemos, y eso me lo niegan cuando ponen en duda el derecho a recordar». Para algunos de estos autores, más que un derecho, el acto de recordar ha sido un impulso inevitable, aun cuando han necesitado que el paso del tiempo lo haya hecho soportable.

## 2. SILENCIO Y ESPERA. CONTEXTOS CAMBIANTES Y POLÍTICAS DEL PASADO

Ni la Alemania de 1945 ni la España de 1939 eran lugares idóneos para dedicarse a la ardua labor de recordar lo que había sucedido en los años precedentes. No se trata aquí de establecer analogías entre el contexto sociopolítico en el que se encontraban ambas naciones, una de ellas a punto de ser partida en dos y la otra comenzando a transitar el larguísimo camino de una dictadura. Fuera de las fronteras de la España franquista, los exiliados habrían de construir la memoria de la República y la guerra lejos del escenario de los hechos, abrazados por las sociedades de acogida y atravesando etapas sucesivas que pasaron de la confianza en un eventual regreso, cuando Hitler fuera derrotado, a la asunción de que la situación era irreversible. Dentro de España solo había espacio para la memoria de los vencedores, de manera que los que habían sido partidarios de la República debían supeditarse a las condiciones impuestas por el régimen respecto a qué recordar y qué olvidar. Muchos prefirieron bloquear la transmisión oral de sus recuerdos, en unos casos por miedo a la represión franquista y, en otros, porque querían proteger a sus descendientes de la terrible marginación político-social que ellos experimentaban en primera persona (Aguilar Fernández 1996, 135). Esa dictadura que se antojaba eterna concluiría con la muerte del dictador en 1975, dando paso a unos años complicados que iban a conducir de una vez al establecimiento de un sistema democrático con estándares europeos. En numerosas familias «la transición y el progresivo afianzamiento de la democracia en España hicieron que muchos abuelos y padres se atrevieran a contar a sus hijos y nietos lo que habían guardado con tanto celo durante los largos años de la dictadura» (Alted 2005, 18). El cuarenta aniversario del inicio y final de la contienda civil coincidieron con momentos de tensión en los que diversos sectores trataban de imponer sus ideas para el nuevo sistema político. En el ámbito del discurso oficial del Estado no era quizá el momento idóneo para la conmemoración de los episodios más traumáticos de la historia reciente, más aún si tenemos en cuenta que muchos de los actores de entonces seguían vivos. Diferente parecía la situación una década después, coincidiendo con el cincuenta aniversario de la guerra<sup>7</sup>.

7. Véase, a este respecto: Bernecker 2009, 57-76.

Sin embargo, las políticas públicas respecto a la memoria no mostraban de momento ningún cambio, a pesar de que desde 1982 estaba gobernando el PSOE con mayoría absoluta en el Parlamento.

Felipe González Márquez, presidente del Gobierno, hacía una declaración gubernamental en 1986 que llevaba el título de *Declaración solemne con motivo del cincuenta aniversario del comienzo de la guerra civil*, y en ella se ponía de manifiesto la continuidad del discurso de consenso sobre el pasado que estaba caracterizando la transición a la democracia. González afirmaba:

La guerra civil española es definitivamente historia, parte de la memoria de los españoles y de su experiencia colectiva. Pero no tiene ya –ni debe tenerla– presencia viva en la realidad de un país cuya conciencia moral última se basa en los principios de libertad y tolerancia [...] El gobierno expresa su convicción de que España ha demostrado reiteradamente su voluntad de olvidar las heridas abiertas en el cuerpo nacional por la guerra civil, su voluntad de vivir en un orden político basado en la tolerancia y la convivencia, en el que la memoria de la guerra sea, en todo caso, un estímulo a la Paz y el entendimiento entre todos los españoles. (Gobierno de España 1986)

Llama la atención la confusión conceptual y el intento –bastante ingenuo desde la perspectiva actual– de desvincular el recuerdo del pasado de la realidad presente. Consecuentemente, el olvido aparece como un requisito para la tolerancia y la convivencia; el tiempo ha demostrado que esa «voluntad de olvidar las heridas abiertas en el cuerpo nacional por la guerra civil» solo ha servido para enquistar debates que no deberían haber esperado de manera indefinida. La omisión no ha servido para cancelarlos, sino al contrario para alimentarlos con reproches y resquemores nuevos. Así la modélica Transición, admirada internacionalmente, ha pasado a convertirse para muchos en un periodo que solo sirvió para cerrar en falso los cambios que habrían sido necesarios. Con el tiempo llegarían incluso leyes que intentaban dar un impulso a las políticas de memoria y compensar la negligencia que había afectado sobre todo a la memoria de los «perdedores»<sup>8</sup>. Las sucesivas leyes que en España tienen como objetivo la rehabilitación de la dignidad de los perdedores de la Guerra Civil y la recuperación de su memoria se implantarán comenzado el siglo XXI. Entonces ya era evidente en toda Europa el auge del recuerdo del agitado siglo anterior, y esto se producía desde los ámbitos más diversos: cine, literatura o historiografía.

8. De 2007 es la «Ley 52/2007, de 26 de diciembre, por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la guerra civil y la dictadura». Posteriormente, en 2022 entra en vigor la «Ley 20/2022, de 19 de octubre, de Memoria Democrática».

Si bien es cierto que las leyes no son capaces de determinar por sí solas el rumbo que las sociedades siguen en relación con su memoria, no lo es menos que son un elemento esencial para impulsar los cambios que permitan iniciar una nueva época. De 1977 es la ley de Amnistía española que dejaba fuera de la persecución judicial los crímenes perpetrados entre 1936 y 1976. En la recién nacida República Federal de Alemania, las sucesivas *Straffreiheitsgesetze* (1949, 1954) sirvieron para pasar página y reintegrar a parte de los que habían sostenido con ahínco a Hitler. La amnistía es una forma de olvido, y tanto en España como en Alemania –aunque en momentos cronológicamente distantes– la desmemoria en el ámbito jurídico se convirtió en una base sobre la que construir nuevas sociedades llenas de cicatrices. Sin embargo, el tiempo había de demostrar que las heridas se habían cerrado en falso.

No solo entre los exiliados, también dentro de España se había preservado una memoria que discrepaba de los discursos públicos oficiales. En este caso se había visto amenazada por el temor a la represión o, como se indicó más arriba, con el deseo o la necesidad de olvidar. En el ámbito privado de la memoria familiar se conservaban recuerdos que habían pasado de padres a hijos y que estaban esperando un contexto adecuado para emerger<sup>9</sup>. Como planteaba Halbwachs, se recuerda el pasado, pero siempre bajo las condiciones que impone el presente desde el que se efectúa el acto de recordar. La «memoria histórica» española encontrará también en el discurso privado uno de sus soportes más importantes, a través de historias que habían sido silenciadas por miedo, conveniencia o negligencia. De este modo lo expresaba la escritora Dulce Chacón:

Han sido cuarenta años de silencio. Cuarenta años dan para mucho, para muchos silencios y para muchos secretos, y para mucha gente sin poder hablar, no porque no quisieran sino porque es un silencio impuesto. Yo todavía estoy hablando con gente que se me acerca y me cuenta cosas con una gran emoción y liberación al poder hablar de esos hechos. De

9. La discrepancia entre el discurso memorialista público y el procesamiento del recuerdo en el ámbito familiar ha sido puesta de manifiesto en un brillante estudio respecto al caso alemán. Los resultados de numerosas encuestas y entrevistas muestran que mientras que en la memoria oficial pública predomina la imagen culpable y la consiguiente asunción de responsabilidades ante los hechos del Tercer Reich y el Holocausto, en el seno de las familias se ha producido una perpetuación de recuerdos basados en la experiencia del propio sufrimiento. La obra *Opa war kein Nazi* (no hay traducción al español, el significado sería: «El abuelo no fue nazi»), que expone los resultados de la investigación, ofrece un ejemplo fehaciente del modo en que los procesos de construcción de la memoria operan en planos diversos, y su resultado no es fácilmente previsible. Véase Welzer 2002.

una manera más distante pero todavía sufren por eso. Todavía hay mucha gente que no ha hablado. (Citado en Martín Martín 2013, 134)<sup>10</sup>

Así pues, para muchos se daban ya las circunstancias para afrontar y compartir los recuerdos más dolorosos. Como afirma la historiadora Mary Fullbrook (1999, 147): «la memoria no tiene lugar en un vacío sino bajo circunstancias históricas específicas». Un ejemplo claro se produce en la Alemania posterior a 1990, cuando emergen los testimonios de alemanes que sufrieron la guerra causada por su propio país, pero que no se habían encontrado en disposición de ocuparse de ello. En concreto, «para los niños de la guerra es esta a menudo la primera vez que hablaron sobre ello; antes nadie les había preguntado» (Bode 2005, 15). En aquel contexto se discutió sobre si hablar del sufrimiento propio había sido un tabú hasta entonces, sin embargo, como siempre en los debates sobre el pasado en Alemania, no había una postura de consenso. Lo que sí es innegable es que ciertas publicaciones que tuvieron mucha repercusión en el panorama cultural contribuyeron a facilitar la predisposición de los testigos a hablar y de la sociedad a escucharlos<sup>11</sup>.

Una gran diferencia entre el análisis del pasado en Alemania<sup>12</sup> y España está relacionada con su desarrollo cronológico. Franco salió victorioso

10. Recurrimos a citar a la autora a través de un artículo previo sobre ella debido a que la fuente online utilizada ya no está disponible, y consideramos muy relevantes las palabras de Chacón sobre la memoria silenciada. Precisamente su novela *La voz dormida* (2002), dedicada a la experiencia carcelaria de las mujeres en la inmediata posguerra, estaba construida sobre testimonios que los testigos habían compartido con la autora. Un diálogo de la novela muestra que uno de los principales motivos para permanecer con vida tenía que ver con la obligación de «contar» lo sucedido: «—Hay que sobrevivir camaradas. Sólo tenemos esa obligación. / —Sobrevivir, sobrevivir, ¿para qué carajo queremos sobrevivir? / —Para contar la historia, Tomasa» (Chacón 2002, 135).

11. Se admite generalmente que hubo tres obras que sentaron las bases para la difusión de la perspectiva de las víctimas alemanas: *Sobre la historia natural de la destrucción* de W. G. Sebald, *A paso de cangrejo* de Günter Grass y *El incendio* de Jörg Friedrich.

12. Nos referimos específicamente a la República Federal de Alemania, ya que la Alemania Oriental estuvo regida durante sus cuarenta años de existencia por un sistema no democrático que imposibilitó cualquier análisis ecuánime del pasado. Los testimonios que no servían para apoyar la naturaleza antifascista del país carecían de importancia, asimismo cualquier planteamiento que contraviniese el punto de vista oficial que promovía el Estado, supervisado por la Unión Soviética, estaba condenado a la irrelevancia o, incluso, ser prohibido. En el caso de Austria, que había formado parte del Reich entre 1938 y 1945, el nuevo Estado se asienta inicialmente sobre una visión del pasado que se mantendría en vigor hasta los años ochenta. En función de la denominada *Opfertheorie* (teoría victimista), los austriacos consideran que sufrieron una ocupación forzada y que fueron liberados gracias a la

de la guerra e inauguró un gobierno dictatorial de casi cuarenta años, sin embargo, la RFA se fundó en 1949 como un Estado democrático en el que quedaban preservadas, con matices a causa del complicado panorama geopolítico, las libertades fundamentales. Los exiliados del Tercer Reich habían tenido la posibilidad de regresar a su patria y se habían establecido en uno u otro de los dos Estados alemanes en función de sus convicciones ideológicas. Desde el momento mismo de la derrota de Hitler comienza a desarrollarse un proceso de análisis crítico del pasado que en alemán recibe el nombre de *Vergangenheitsbewältigung* y que aún sigue en marcha en la Alemania unificada que continúa el camino seguido durante décadas por la República Federal. Norbert Frei ha establecido una periodización de este proceso<sup>13</sup> y considera que la última de las fases, la denominada *Vergangenheitsbewahrung* (conservación del pasado) se inicia a finales de los años setenta y aún sigue en marcha. Este largo proceso se ha desarrollado en contextos muy diversos y en él han ido cobrando una relevancia cambiante los discursos centrados en la culpa sobre las acciones cometidas (*Täterdiskurs*) y en el sufrimiento experimentado por los alemanes en primera persona (*Opferdiskurs*). A pesar de la complejidad de la historia reciente de todo el continente europeo, Jarausch y Geyer (2002, 29) consideran que «más que sus vecinos europeos, los alemanes de cierta edad se enfrentan a unos recuerdos conflictivos [...] que resurgen en momentos inesperados». Así ocurrió, de hecho, tras 1990, cuando la repentina reunificación, consecuencia directa de la súbita caída del comunismo soviético, permitió un nuevo marco de rememoración y debate en la sociedad alemana.

En su primera Declaración oficial como canciller en 1949, Konrad Adenauer establecía las líneas generales de lo que habría de ser su gobierno a partir de ese momento. Allí también ponía de manifiesto su firme convicción del restringido papel que los acontecimientos del pasado debían desempeñar en el Estado recién fundado. Al afirmar que «lo pasado, pasado está»<sup>14</sup> (Adenauer 1949) daba su beneplácito para que la sociedad con-

Resistencia y a los aliados. Así pues, durante aquel periodo de siete años estuvieron regidos por un «gobierno extranjero» (Uhl 2001, 30), un aspecto que invalidaba por completo las eventuales responsabilidades de la sociedad en lo sucedido. En 1986, la llegada al poder de Kurt Waldheim llevó a los titulares el pasado nazi del país y tuvo desastrosos efectos para su imagen (Uhl 2018, 47). Mientras que la República Federal de Alemania llevaba décadas dedicada a su análisis del propio pasado y la culpa derivada de este, los austriacos habían realizado una plácida travesía de varias décadas considerando que fundamentalmente habían sido víctimas de Hitler.

13. Véase Frei 2009, 91-100.

14. «Vergangenes vergangen sein lassen».

centrase sus esfuerzos en retirar los escombros y recuperar la estabilidad económica. Los deseos del gobernante representaban un propósito que debía perseguirse desde el poder, sin embargo, difícilmente un país que acababa de abandonar el túnel oscuro del Tercer Reich y la guerra podía dejar de lado sus vivencias de la noche a la mañana. En la década de los cuarenta y cincuenta predominó el relato de los padecimientos experimentados, lo que no resulta extraño teniendo en consideración lo que rodeaba a la población de la Alemania de posguerra: hambre y sentimiento de humillación en un escenario de ciudades destruidas, con millones de refugiados buscando dónde establecerse y miles de soldados prisioneros de los aliados. Con los años sesenta se incorpora una nueva generación, la de los hijos de quienes habían sido testigos y/o propiciadores del nacionalsocialismo, que exige una nueva manera de mirar al pasado. Censuran no solo la actitud de sus progenitores entre 1933 y 1945, sino también el modo en que habían hecho frente a las responsabilidades derivadas de lo acontecido en ese periodo. Esta «Segunda Generación» propicia un discurso de culpabilidad que, aunque nunca exento de polémicas, será el predominante a partir de entonces. Una posición esencial ocupará la responsabilidad respecto al genocidio de los judíos europeos; a este respecto, Reyes Mate (2009, 26) plantea que una de las consecuencias del Holocausto es la necesidad de establecer un nuevo imperativo categórico, el «imperativo de la memoria» en el sentido de «recordar para que la barbarie no se repita».

En torno al cambio de siglo se plantea un nuevo marco en el que el recuerdo del sufrimiento alemán adquiere de nuevo un inesperado vigor. El fin de la Guerra Fría favorece un nuevo contexto, más por la eliminación de las constricciones que esta representaba que por la introducción intencionada de nuevos parámetros. La despolitización inherente al nuevo clima de distensión se manifestará de forma particular en Alemania, pues allí la división en dos Estados con cosmovisiones radicalmente opuestas había determinado desde los primeros momentos de la posguerra posturas divergentes respecto a cómo debían interpretarse tanto el nazismo y la guerra como sus efectos posteriores.

En España, como en Alemania, los autores que fueron testigos de los años más oscuros de sus respectivos países siguieron ritmos diversos para compartir sus recuerdos de entonces o, simplemente, nunca lo hicieron. Los escritos autobiográficos –o de base autobiográfica– de quienes entonces eran niños o adolescentes necesitaron años de espera antes de ver la luz. Aparecieron como una mirada específica desde la edad adulta a aquel periodo o, sencillamente, como parte inicial del balance de la vida entera. En cualquier caso, como veíamos más arriba, es habitual que los autores reconozcan que aquella etapa había dejado en ellos una marca indeleble. Günter Grass (2005, 766), que esperó hasta 2006 para publicar

sus recuerdos de adolescencia y juventud en *Pelando la cebolla* (2007), afirmaba durante una conferencia en 1992 que «[l]a mayoría de [sus] libros conjuran el pasado de la desaparecida ciudad de Danzig», presentando a continuación «la pérdida como requisito previo para la literatura». En cierto modo, casi todas las obras que se mencionan en este artículo dan cuenta de las pérdidas que han experimentado sus autores: de la patria, de la esperanza, de la familia, del sueño de un mundo mejor. Y esta renuncia tuvieron que llevarla a cabo mientras aún eran niños o adolescentes, de ahí que sea aún más comprensible que la huella de aquella experiencia haya permanecido a lo largo de todas sus vidas.

### 3. FERNANDO FERNÁN-GÓMEZ Y MARCEL REICH-RANICKI: CRÓNICAS TRANQUILAS DE TIEMPOS CONVULSOS

Explicaba Fernando Fernán-Gómez (1921-2007) en el marco de una conversación con Eduardo Haro Tecglen (1924-2005): «Tenía quince años cuando estalló la guerra y diecisiete al acabar, y no salí de Madrid, y por lo tanto no vi nada fundamental» (Galán 1997, 36). A sus palabras subyace cierta ingenuidad o una innecesaria falsa modestia, ya que precisamente en Madrid se desarrollaron capítulos trascendentales de la contienda de los que él mismo había dado cuenta en sus memorias publicadas en 1990<sup>15</sup>. En cualquier caso, independientemente de la relevancia de la capital de España en el transcurso de la guerra, su afirmación no es muy acertada porque las memorias individuales de cualquier testigo son esenciales para reconstruir lo sucedido en toda su complejidad. Como planteaba Todorov (2015, 10), cada recuerdo personal actuaría como una «vela» para dar luz sobre «un rincón minúsculo del mundo». Cada testigo aporta su relato repleto de subjetividad y nunca idéntico al de los otros, por mucho que las circunstancias en que se vieran inmersos se hubiesen asemejado. En este sentido, hay que celebrar la crónica de su infancia y juventud que hace Marcel Reich-Ranicki (1920-2013) como una pieza fundamental de la memoria del Holocausto, a pesar de que él no pisó un campo de concentración o exterminio. Su testimonio es el de la inicial discriminación, el gueto y la clandestinidad en la que recibiría el final de la guerra; y sus palabras son tan esenciales para entender lo ocurrido

15. Nos hemos servido para este artículo de las *Memorias ampliadas* publicadas en 1998, sin embargo, el volumen 1 de su autobiografía que abarcaba desde 1921 a 1943 había aparecido ya en 1990.

como las que aportaron supervivientes de Treblinka o Auschwitz-Birkenau. Sin todas y cada una de las piezas, el puzle permanece incompleto.

Fernán-Gómez publica su autobiografía *El tiempo amarillo* en varias etapas a partir de 1990; por su parte, Reich-Ranicki compartirá sus recuerdos en *Mi vida*, en 1999, obra que se convertirá de inmediato en un fenómeno cultural. No en vano, esta llegaba en pleno auge de las publicaciones relacionadas con lo vivido por Alemania a partir de 1933. Ninguno de los dos autores tuvo como actividad principal ser escritor, si bien el mundo de Reich-Ranicki siempre estuvo vinculado a los libros, ya que él fue durante mucho tiempo el crítico literario más relevante de Alemania. A pesar de las enormes diferencias entre los hechos que les tocó vivir, ambos coinciden en su prodigiosa memoria y la minuciosidad de su escritura, plagada de detalles, nombre y fechas. El relato del crítico literario alemán concluye en 1999, dos años después que la crónica del actor español, cuya versión ampliada llega hasta 1997. No obstante, solo pretendemos analizar aquí el devenir de ambos autores hasta el final de la Guerra Civil, en el caso de Fernán-Gómez, y de la II Guerra Mundial en Europa y el consiguiente cese del genocidio judío, en lo que a Reich-Ranicki respecta.

En *El tiempo amarillo* afirma Fernán-Gómez (1998, 25) que con nueve años ya había decidido hacia dónde quería encaminar sus pasos: «Quería ser dos cosas: el niño actor Jackie Cooper y escritor de novelas de Salgari». No debió sentirse decepcionado con el paso del tiempo, pues esas se convertirían precisamente en sus dos principales actividades. Con mucha ironía explica el autor: «Recuerdo haber leído no sé dónde que no se debe escribir sobre la propia infancia, porque la infancia de todos los hombres es la misma» (Fernán-Gómez 1998, 27), y a continuación comienza a desgranar hechos tan peculiares como su nacimiento en Lima antes de ser sacado del país casi de contrabando para ser inscrito en Buenos Aires (Fernán-Gómez 1998, 27). Las primeras décadas de la vida del actor transcurrirán en compañía de su abuela republicana y socialista y su madre monárquica (Fernán-Gómez 1998, 21), una circunstancia que garantizó hasta en su hogar pensamientos contrapuestos y propició el acceso a amistades diversas. Junto a la exposición de los avatares de su vida, el autor introduce reflexiones metaliterarias, de las que el mejor ejemplo está representado por el capítulo IV al completo (Fernán-Gómez 1998, 63-76), titulado «Vidas paralelas», donde analiza diferentes autobiografías y los personajes que acometieron esa intrincada empresa.

En general, la autobiografía aparece ordenada cronológicamente, si bien no se renuncia a analepsis y prolepsis como corresponde a la propia naturaleza del acto de recordar. Asimismo, relaciona constantemente sucesos personales con los acontecimientos históricos simultáneos, de modo que personalidades reales como Alfonso XIII o Miguel Primo de Rivera

pasan a convertirse en actores de su vida. Del mismo modo que hace Reich-Ranicki, Fernán-Gómez refiere detenidamente los diversos colegios en los que fue recibiendo formación, y en los que no permanecía mucho tiempo por unos u otros motivos, fueran estos económicos, ideológicos o de otra índole. Su periplo por unas u otras instituciones educativas está vinculado sobre todo a las decisiones –y discrepancias– entre la madre y la abuela. Así hasta llegar al año del levantamiento militar contra la República, en el que el adolescente se recuerda a sí mismo de este modo:

Era yo en aquel año de 1936 un alumno de los maristas, hijo de una cómica, aspirante de la Juventud de Acción Católica, amigo y compañero de juegos de los hijos de los obreros de mi barrio, y también amigo de los hijos del comandante, del nieto del registrador de la propiedad. (Fernán-Gómez 1998, 143)

Como consecuencia de este contexto de relaciones sociales tan heterogéneo, el muchacho considera que «en cuanto a política, era liberal, anarquista, católico [...] y un poco de derechas por parte de madre, aunque nunca conseguí ser monárquico como ella» (Fernán-Gómez 1998, 143). Y precisamente esta transversalidad va a ser uno de los motivos por los que su tránsito a través de la guerra en Madrid no resultaría –a juzgar por su testimonio– demasiado traumático. El autor reconoce que las noticias de asesinatos perpetrados por los contrarios a la sublevación en la sierra madrileña, donde se encontraba de vacaciones con su abuela, «contribuían a que [su] indeciso ideario político se inclinase hacia la derecha», si bien matiza que «la influencia de [su] abuela y de algunas de [sus] lecturas [le] impedían compartir los ideales de los ricos, de los conservadores, carcas, cavernícolas» (Fernán-Gómez 1998, 159)<sup>16</sup>. En cualquier caso, el adolescente confiesa que temieron que los revolucionarios de Colmenar Viejo los mataran tanto a él como a su abuela y a los posaderos del establecimiento en que se alojaban. En ese entorno tan confuso e inquietante, Fernán-Gómez recibe en préstamo la obra paradigmática de la literatura antibélica europea: *Sin novedad en el frente*, de Erich Maria Remarque, cuya versión filmica ya conocía. Las referencias literarias y cinematográficas son una constante en el relato de aquellos años y esto es algo que sus memorias tienen en común

16. El asesinato indiscriminado de civiles en Madrid por quienes se oponían al levantamiento también aparece tematizado en la obra *Sobre mis escombros*, de Tere Medina-Navascués (2006, 29), donde se hace referencia a unos vecinos, padre e hijo, a los que vinieron a buscar a casa y cuyos cadáveres aparecerían al día siguiente en un solar alledaño.

con las de Reich-Ranicki<sup>17</sup>. Precisamente, la afición al cine y las novelas habían hecho que al español le atrajera la guerra, de hecho, para él esta «no pertenecía a la realidad, sino a la literatura, al cine y al teatro» (Fernán-Gómez 1998, 192)<sup>18</sup>. Frente a otros jóvenes que se ofrecían voluntarios para combatir, él no tenía intención de llevar su interés al campo de batalla; por otro lado, su nacionalidad argentina le permitía mantenerse al margen de una eventual obligatoriedad.

La familia permaneció en Madrid toda la guerra, según da a entender el autor porque no encontraron un lugar al que marcharse como aconsejaban las autoridades (Fernán-Gómez 1998, 218), así que en la capital fueron testigos de los «paseos» y, posteriormente, de los bombardeos y el hambre. La entrada de las tropas de Franco los sorprendería allí, y en esos días de finales de abril de 1939 el joven era consciente del cambio que la situación acababa de experimentar:

Eché a andar hacia el centro de Madrid. Cada vez eran más numerosos los vehículos atestados de jóvenes, unos de uniforme y otros de paisano, que alzaban el brazo al modo fascista y lanzaban vítores. La gente que iba por la calle los coreaba. Yo alzaba el brazo y correspondía al saludo: «¡Arriba!» Salía tantísima gente de los portales que se tenía la impresión de que la población de Madrid estaba creciendo por momentos. Muchísimos habitantes de la ciudad debieron de permanecer encerrados durante los

17. Los libros se revelan como un refugio en tiempos atribulados, especialmente para niños o adolescentes que buscan en ellos un refugio o un instrumento para protegerse o entender la realidad. La lectura es para «der Junge» (el chico), álter ego del autor Dieter Forte (1935-2019) en *Der Jungen mit den blutigen Schublen* de 1995 (no hay traducción al español, el significado sería: «El niño con los zapatos ensangrentados»), una actividad imprescindible entre los bombardeos y miedo de Düsseldorf, y sus libros lo acompañarán en la evacuación hacia el sur de Alemania. Una pasión aún más determinante por los libros manifiesta Rudi Rachfahl en la novela de base autobiográfica que escribe Theodor Buhl (1936-2016) sobre su infancia en la Silesia en guerra. De hecho, la obra de 2010 lleva el título de *Winnetou August* en un guiño al personaje de las novelas de Karl May ambientadas en Norteamérica. Poco antes de que la República sea derrotada, las hermanas Medina-Navascués también se refugiaban en la lectura: «En esa época estábamos, como quien dice, consagradas a la lectura [...] Ya no salíamos apenas. Nos quedábamos leyendo, envueltas en cobijas» (Medina-Navascués 2006, 116).

18. Haro Tecglen (1996, 39) dedica en *El niño republicano* cinco capítulos al cine y cuatro al teatro de entre todos los breves capítulos de los que se compone la obra. Crece en un entorno muy interesado por la cultura y su padre lo lleva incluso a ensayos de obras dramáticas de sus amigos; la consecuencia directa es que «[d]esde entonces [le] fascinó el teatro». Su acercamiento y fidelidad a los escenarios es análogo al de Reich-Ranicki en Alemania, en ambos casos el arte les sirvió de estímulo y refugio en tiempos complicados.

larguísimos tres años de cerco. Pero lo más probable era que la población no creciese, porque otros tantos debían de estar escondiéndose o huyendo ahora. (Fernán-Gómez 1998, 240)

Así pues, la guerra estaba a punto de terminar, pero la represión aún tenía muchos capítulos por escribir. A punto de cumplir los dieciocho años, Fernán-Gómez iba a tener que transitar una larguísima posguerra, como el resto de los habitantes del país.

Más allá de ciertas coincidencias estilísticas o estructurales, las memorias de Marcel Reich-Ranicki coinciden con las de Fernán-Gómez en que ambos sobrevivieron a las guerras que les tocaron en suerte y disfrutaron de largas vidas sobre las que poder escribir. El del crítico alemán es un viaje reiterado entre Polonia y Alemania, puesto que pasó de su patria natal a Berlín, de donde fue expulsado en 1938 durante el nazismo hacia Varsovia. En Polonia sobrevivió al Holocausto y residió hasta 1958, momento en el que se establecería de forma definitiva en su segunda patria. La madre de Marcel decidió que este se formara en una escuela evangélica, una decisión motivada por su deseo decidido de que el niño fuera educado en alemán y no por un rechazo al judaísmo (Reich-Ranicki 2000, 17). Como consecuencia de la crisis económica de 1929, la familia decide trasladarse a Berlín; al despedirse de su profesora, el niño escuchó de su boca: «Hijo mío, marchas al país de la cultura» (Reich-Ranicki 2000, 22), unas palabras que el tiempo demostraría acertadas, puesto que Reich-Ranicki pasaría el resto de su larga vida deslumbrado por la cultura alemana. Sin embargo, desde que presencia en su escuela primaria de Berlín-Charlottenburg cómo un niño recibe un castigo físico, incorporará a su relación con lo alemán un nuevo sentimiento: el miedo a «la barbarie alemana» (Reich-Ranicki 2000, 27), un temor que, como el tiempo había de demostrar, era completamente pertinente. Esto representaría el reverso de su experiencia: «Tardé muy poco en caer bajo el hechizo de la literatura y la música alemanas. Así pues, al miedo se sumó la dicha: al miedo a lo alemán, la dicha que hube de agradecer a lo alemán» (Reich-Ranicki 2000, 28). Incluso en el gueto de Varsovia, entre la muerte y la desesperanza, el joven se refugia en los versos de Erich Kästner, un autor que, aunque no se marchó al exilio tampoco, contaba con el beneplácito de los nacionalsocialistas. El autor Dieter Forte (1995, 216), otro niño alemán marcado por los acontecimientos del momento, expresa así en su novela de base autobiográfica *Der Junge mit den blutigen Schuhen* el efecto que producía en su trasunto literario la lectura: «Así se quedaba suspendido en un lugar alejado del mundo, donde las cosas desaparecían, en una calma sin fin. Inefable recuerdo eterno» [traducción propia, como todas las citas de este autor].

*Mi vida* es un relato más ordenado desde el punto de vista cronológico que el que representa *El tiempo amarillo*, y solo se permite algunas

prolepsis que posibilitan al narrador introducir reflexiones relacionadas con lo que se expone en el presente de la historia. Otro de los aspectos destacables del discurso de Reich-Ranicki lo representa el sosiego con el que presenta los acontecimientos. El joven se centra generalmente en los aspectos menos negativos de la realidad que lo circunda, así aparece al menos en el texto. Esta circunstancia puede responder bien al filtro que ha desarrollado la memoria –de manera consciente o inconsciente– en un afán por reconstruir un pasado más grato, bien a un preciso reflejo de su personalidad. Por ejemplo, su experiencia en el instituto Fichte difiere de lo que vivieron la mayoría de los adolescentes judíos en Alemania durante aquellos años. No tuvo que enfrentarse a insultos o discriminación como sí era el caso en otros barrios de Berlín menos selectos o en ciudades de provincias (Reich-Ranicki 2000, 75). A su juicio, el buen trato recibido de parte de sus profesores respondía a la educación prusiana, no obstante, era imposible permanecer ajeno al deterioro de las condiciones de vida de los judíos, de modo que el joven encuentra en el teatro una escapatoria, lo que él denomina «el refugio más bello» (Reich-Ranicki 2000, 98). Al igual que en el caso de Fernán-Gómez, serán las tablas, los libros y el cine el contrapeso idóneo para un mundo en descomposición.

En los años cincuenta, Reich-Ranicki se reencuentra con una conocida con la que había compartido largas conversaciones sobre autores teatrales alemanes. También ella había conseguido salvarse del genocidio, y pone de manifiesto que aquella experiencia los va a acompañar siempre: «Mientras los nuestros eran asesinados, nosotros nos salvamos [...] Hemos sobrevivido sin haberlo merecido. Se lo debemos a la mera casualidad. Por razones incomprensibles, somos los elegidos del horror. Somos los marcados y lo seguiremos siendo hasta nuestros últimos días» (Reich-Ranicki 2000, 141). En lo que a Marcel se refiere, el viaje hacia la catástrofe se había acelerado el 28 de octubre de 1938, cuando el joven y su familia eran expulsados con otros muchos judíos de origen polaco hacia su país de origen. Como él explica, en el viaje le acompañaba un equipaje invisible: la lengua alemana y su literatura. A pesar de que la situación no iba más que a empeorar, Reich-Ranicki mantiene durante todo el tiempo un firme optimismo basado en la idea que le habían transmitido en su instituto berlinés de que «en la historia siempre acaban triunfando las causas justas» (Reich-Ranicki 2000, 159). Otra superviviente del genocidio, Ruth Klüger (1997, 109), reconoce que tampoco perdió nunca la esperanza, sin embargo, considera que «ello no tenía mejor explicación que la ceguera propia de los niños y el miedo a la muerte». Tras la llegada de los alemanes a la capital polaca, la familia del autor aún puede seguir durante un tiempo en su vivienda hasta que finalmente son obligados a establecerse en el gueto. La música desempeñará aquí un papel fundamental para satisfacer las necesidades existenciales

de Marcel, que asistirá a todos los conciertos a su disposición. Al respecto, explica: «Tengo la impresión de que la música no tuvo en ningún momento de nuestra vida una importancia tan grande como en aquella época tenebrosa» (Reich-Ranicki 2000, 216). Sin embargo, la música no impedía que las condiciones de vida se fueran deteriorando, y los sucesivos transportes hacia los campos de exterminio suponían una constante amenaza. Por este motivo, Marcel decide escapar junto a su joven esposa en febrero de 1943, cuando tenía veintidós años; será la clandestinidad<sup>19</sup>, a pesar de su dureza, lo que les permita seguir con vida cuando lleguen los soldados soviéticos en septiembre de 1944.

#### 4. RUTH KLÜGER (1931-2020) Y TERE MEDINA-NAVASCUÉS (1924): LA EXPERIENCIA DE LA HUIDA

Quienes atravesaron una experiencia tan traumática como una guerra o un genocidio permanecen anclados a ella por el resto de sus días. Dieter Forte (2002, 63), que vivió durante su infancia la destrucción de la ciudad de Düsseldorf por los bombardeos de los aliados, explica de un modo muy claro lo que representa esa huella indeleble: «Mi reloj vital se detuvo también entonces y todo lo que vino después no resultaría ni muy importante ni muy relevante. Fue una vivencia determinante. Permaneces obsesionado con ella para el resto de tu vida». Tere Medina-Navascués (1924) publica en México *Sobre mis escombros* en 1971, cuando han transcurrido treinta y dos años desde el viaje en barco que cierra su relato<sup>20</sup>. En el caso de Ruth Klüger (1931-2022), *Seguir viviendo*<sup>21</sup> se publica más de medio siglo después del final del Holocausto, momento en el que ella era una adolescente de catorce años. Los propios títulos muestran el significado último que

19. Sobrevivir en clandestinidad constituye el centro del relato que hace la superviviente alemana del Holocausto Inge Deutschkron (1922-2022) en su obra *Ich trug den gelben Stern* (1978) (no hay traducción al español, el significado sería: «Yo llevé la estrella amarilla»). En su caso, es Berlín el escenario de su lucha por escapar al genocidio y, al igual que le ocurre a Reich-Ranicki, será necesaria la ayuda de personas no judías para que consiga sobrevivir.

20. En 2007, la autora abordaría su vida y la de otros refugiados tras su llegada a México en *La vida de los primeros refugiados en México*, memorias cuyo discurso «se presenta bajo la doble modalidad de la narración de la experiencia, por un lado, y la narración de hechos ficcionalizados, por el otro» (Corte Velasco, 2009).

21. El título original es *weiter leben. Eine Kindheit* (Al concepto de «seguir viviendo» (*weiter leben*), el original añade: «Una infancia»).

representa lo que se disponen a contar: la española escribe apostada sobre sus propias ruinas, mientras que la autora austriaca describe un proceso vital condicionado por el sufrimiento de la infancia y expresa esa necesidad de «seguir viviendo», de proseguir, a pesar de la dimensión inusitada del dolor. Ambas abordaron literariamente sus recuerdos después de un período en el que sus vidas se habían desarrollado muy lejos de los escenarios de la infancia y la adolescencia. Mientras que Medina-Navascués se circunscribe a los años de la guerra, la narración de Klüger abarca también su emigración a América y el retorno como docente a Göttingen en los años ochenta. Como explica Jorge Semprún (1997, 7) en el prólogo a la edición española de *Seguir viviendo*, para que Klüger se decidiera a escribir sus recuerdos fue determinante la experiencia en Alemania como profesora y el consecuente contacto con una nueva generación de alemanes.

La estructura de *Sobre mis escombros* se desvela desde el propio subtítulo: *estampas de la guerra civil española*. A través de una sucesión de breves recuerdos, la narradora va mostrando toda la incertidumbre que la contienda bélica representa para su familia, ya que el padre es un militar de alta graduación comprometido con la República. Esta circunstancia los obliga a seguir un camino de permanente huida, desde Madrid a Valencia, de allí a Barcelona y, finalmente, a Francia y a México<sup>22</sup>. Como a Fernán-Gómez, los primeros días de la guerra la encuentran en la provincia de Madrid, sin embargo, a diferencia de aquel, Medina-Navascués vivirá la mayor parte del conflicto lejos de allí. Es probable que este ir y venir le complacara mucho a la autora la construcción de un relato más pormenorizado, en el que el contexto desempeñara de forma explícita un papel relevante. Abundan las referencias familiares, al padre, a la madre, a las hermanas, quienes al fin y al cabo constituían el universo de la niña; intercaladas aparecen imágenes de la guerra: los milicianos, los aviones, las evacuaciones. En su caso, tiene mucha importancia lo que escucha en casa, puesto que no tiene acceso directo a los sucesos de los que oye hablar. Alberto Medina (2005, 231) ha hablado de una «estética de la fragmentación» como

22. El periplo de Jaime Salinas (1925-2011), hijo del escritor Pedro Salinas, presenta similitudes con el de Medina-Navascués. En la segunda parte de su autobiografía (*Travesía: Memorias 1925-1955*) recoge la experiencia de la Guerra Civil, desde los bombardeos a la huida a Francia; posteriormente, un largo viaje en barco hacia EE. UU. tras una breve estancia en Argelia. Bien es cierto que los Salinas huyeron del conflicto mucho más pronto y ya estaban establecidos en América en 1937. El autor es consciente de que su narración puede contener inexactitudes y que no debe ser vista como una crónica histórica, sino «como una narración novelada», no obstante, asegura que lo que cuenta «ocurrió en la realidad» (Salinas 2003, 11). Esta precisión es probablemente más pertinente cuanto más lejanos son los hechos que se presentan.

algo característico de *El niño republicano* de Haro Tecglen, esta estética supone «la única forma de lidiar con la desaparición interminable y con la destrucción». Esto es aplicable también a *Sobre mis escombros*, donde esta segmentación no solo aparece representada en el contenido, sino también en la propia estructura de las memorias.

La narradora tiene una clara posición ideológica, la propia de un entorno de convicciones republicanas: «Se lo oías contar a los mayores y querías ser hombre. Hombre de veras. [...] Hombre. Hombre para ir al frente» (Medina-Navascués 2006, 43)<sup>23</sup>. Más allá de los allegados, también se mencionan personajes históricos como Gil Robles, Mola, Franco, José Antonio Primo de Rivera o el general Miaja; junto a ellos, la autora conserva aún en su recuerdo figuras como la de la modista Isabel Panadero o la lavandera Victoria, de las que menciona detalles personales que probablemente habían llamado mucho la atención de una niña. En general, el relato avanza en orden cronológico, si bien la autora se permite algún desahogo en forma de prolepsis que delata el terrible desenlace que espera a los republicanos: «¡Pobre Madrid! ¿Cómo te sentirás ahora, atravesado de parte a parte por una avenida que lleva el nombre del primer falangista? [...] ¡Pobre Madrid, cómo te han cambiado! [...] ¡Pobre Madrid, cómo te han humillado!» (Medina-Navascués 2006, 52). En las breves estampas de las que se compone la narración hay espacio para recuerdos muy diversos: el orgulloso pueblo de Madrid que se niega a comer el pan que lanzan desde el cielo los aviones franquistas (Medina-Navascués 2006, 42); el surgimiento de un sentimiento derrotista, cuando la capital ve su integridad amenazada por el cerco de los sublevados (Medina-Navascués 2006, 48); el relato de su hermana enfermera que ha tenido que atender a un moro herido (Medina-Navascués 2006, 53-54). Ya evacuados en Valencia, la familia se preocupa constantemente por la suerte que estarán corriendo los que permanecen en la capital. Su llegada a la ciudad del Turia era una señal de que las cosas no iban demasiado bien para los republicanos, no obstante, cuando se marchan de allí hacia Cataluña queda claro que la derrota es inevitable: «Los valencianos, que antes nos habían visto llegar con disgusto, nos veían ahora marchar con verdadero terror» (Medina-Navascués 2006, 100).

Los trenes serán los vehículos que salvarán in extremis a la muchacha camino de Francia, representando la marcha hacia el exilio y una etapa intermedia antes de huir definitivamente de Europa. Muy al contrario, para

23. Convencidos republicanos son también en la familia de Haro Tecglen (1996, 14) que publica su obra *El niño republicano* en 1996. En la introducción explica: «*En realidad, no hablo en este relato de la II República como un período político, o histórico; hablo de un niño que hubo dentro de ella, a partir de una adhesión*» [en cursiva en el original].

Ruth Klüger los trenes serán instrumentos necesarios del genocidio y la conducirán una y otra vez a los escenarios de la muerte. Como en la obra anterior, *Seguir viviendo* es una historia de huida y pérdida: de la patria, de la lengua, de los parientes y amigos. El periplo de Ruth Klüger comienza en su Viena natal, tan bella como antisemita, y desde allí saltará a los campos de concentración o exterminio (Theresienstadt, Auschwitz-Birkenau, Groß-Rosen) y posteriormente a la clandestinidad; tras una breve estancia en Baviera, llegará la emigración a los EE. UU. La crónica termina de nuevo en Europa, cuando su actividad de profesora la lleve de regreso a Alemania. La autora vincula esta ausencia de estabilidad espacial con la naturaleza de sus recuerdos:

Tantas veces he arribado a tantos sitios, y así, los nombres de lugares son para mí como pilares de puentes dinamitados. Ni siquiera podemos estar seguros de que esos puentes hayan existido allí donde parece haber pilares, y quizás tengamos que inventarlos y podría incluso suceder que esos puentes inventados fueran consistentes. (Klüger 1997, 83)

Como veíamos más arriba, esa consistencia de lo inventado ha de ser puesta en relación con el modo en que los marcos sociales permiten suplir los «huecos» del recuerdo a través de nuevos elementos que proporciona la interacción comunicativa. La naturaleza traumática de los recuerdos que acompañan a Klüger en su madurez, cuando decide por fin abordar la escritura del pasado, se ponen de manifiesto en su encuentro con su amiga Anneliese. Esta la visita en el hospital, mientras se recupera del atropello de una bicicleta, y le espeta: «Tienes que aprender a perdonar, a perdonarte a ti y a los demás, entonces estarías mejor» y la autora le pregunta: «¿Me recomiendas entonces que yo no desee retener los recuerdos sino dejarlos caer?» (Klüger 1997, 276). En esta parte final de sus memorias, Klüger asume amargamente que ha vivido una vida hecha pedazos: «A mí se me va de todos modos el tiempo de entre las manos, y cuándo he tenido yo mi vida bajo control. Vidrios rotos por donde se mire. Sólo en mis rencores me reconozco, ellos son mi agarradero» (Klüger 1997, 277). Ese descontrol comenzó en la infancia, con la sacudida que sufren las bases sobre las que la niña empezaba su andadura existencial, y ese seísmo dejaría sentir sus réplicas a lo largo de todo el tiempo que estaba por venir. Si la representación narrativa del Holocausto es problemática para cualquier testigo, «esta se agrava en la mirada retrospectiva de los niños supervivientes» (Braun 2017, 97). Esto es extrapolable a los niños que tratan de relatar otras experiencias traumáticas experimentadas en la infancia, y de ello hemos dado cuenta aquí.

Por si no era suficiente con la incertidumbre que generaba la persecución, la adolescente se ve inmersa en una relación tensa con su madre,

figura que es a la vez dañina y benefactora, y sin la que no habría sobrevivido. Esta afirmación no es especulativa, ya que en Auschwitz-Birkenau tiene lugar un episodio que sin la intervención de la madre habría supuesto la muerte de la autora en la cámara de gas. Tras ser descartada en una selección por no tener la edad mínima de quince años, su progenitora la conmina a que vuelva a pasar por el proceso, a pesar de que el intento improbablemente podría tener éxito (Klüger 1997, 131). Sin embargo, contra todo pronóstico, la niña consiguió pasar el filtro. No es justo hacer una gradación en las dimensiones del dolor o del trauma, sin embargo, parece que lo vivido desencadenó unas consecuencias más persistentes y profundas en Ruth Klüger que en Tere Medina-Navascués. Al menos la segunda encontró cierta paz en México, mientras que la superviviente del Holocausto se «da a la fuga, no cuando barrunta un peligro, sino en cuanto se pone nerviosa. Pues huir era lo mejor, entonces y ahora» (Klüger 1997, 15). Así pues, para ella la huida se convirtió en cierto modo en una forma de vida, y la necesidad de huir pasó a ser una constante como otras que la vinculaban una y otra vez con los sucesos del pasado. La autora llega a confesar: «Sobre esa rampa [de selección en Birkenau] sigo cayendo hoy» (Klüger 1997, 115); el vagón de ganado y el campo de exterminio conforman un bucle que no puede desterrar al olvido.

Esta rampa de Ruth Klüger es la España bombardeada de Tere Medina-Navascués o el sueño republicano anulado de Eduardo Haro Tecglen. En el caso de Fernando Fernán-Gómez, la añoranza de la España de 1931 se ha ido construyendo fundamentalmente de manera retrospectiva. Quizá sea Marcel Reich-Ranicki quien es capaz de recapitular, a pesar de ser un superviviente del Holocausto, aquella infancia y juventud de manera más tranquila, y su regreso y éxito de vuelta a Alemania probablemente no habría sido factible sin que su memoria seleccionase la parte menos aciaga de lo vivido. También Inge Deutschkron ha ido reconciliándose con el pasado a lo largo de su larguísima vida, en parte porque se dedicó en gran medida a recordar a quienes la ayudaron a escapar del genocidio. Otros, como Theodor Buhl o Dieter Forte, permanecieron siempre atados al dolor de un sufrimiento que para los niños es más ininteligible y traumático que para los adultos. Ellos también siguieron pisando su particular «rampa» una y otra vez.

## 5. BIBLIOGRAFÍA

ADENAUER, Konrad. «Erste Regierungserklärung» (20 septiembre 1949), <https://dserver.bundestag.de/btp/01/01005.pdf> [20 abril 2024].

- AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma. *Memoria y olvido de la guerra civil española*. Madrid: Alianza, 1996. 436 pp.
- ALTED, Alicia. *La voz de los vencidos. El exilio republicano español de 1939*. Madrid: Santillana, 2005. 515 pp.
- ASSMANN, Aleida. *Erinnerungsräume. Formen und Wandlungen des kulturellen Gedächtnisses*. Múnich: C. H. Beck, 1999. 424 pp.
- ASSMANN, Aleida. *Der lange Schatten der Vergangenheit*. Múnich: C. H. Beck, 2006. 320 pp.
- ASSMANN, Jan. *Das kulturelle Gedächtnis. Schrift, Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen*. Múnich: C. H. Beck, 1992. 344 pp.
- BERNECKER, Walther L. «Democracia y superación del pasado: sobre el retorno de la memoria histórica reprimida en España». En OLMOS, Ignacio y Nikky KEILHOLZ-RÜHLE (eds.). *La cultura de la memoria. La memoria histórica en España y Alemania*. Madrid: Iberoamericana, 2009, pp. 57-76.
- BODE, Sabine. *Die vergessene Generation. Die Kriegskinder brechen ihr Schweigen*. Múnich: Piper, 2005. 288 pp.
- BRAUN, Michael. «Für ein Kind war das anders». Kindheit in der Holocaust-Literatur: *Louis Begleys Lügen in den Zeiten des Krieges*(1991/94) und *Ruth Klügers weiter leben. Eine Jugend* (1992)». *Internationales Archiv für Sozialgeschichte der deutschen Literatur*, 2007, 27-1, pp. 96-115.
- BUHL, Theodor. *Winnetou August*. Trad. Valentín Ugarte Arrojo. Valencia: 451 Editores, 2012 [2010]. 406 pp.
- CHACÓN, Dulce. *La voz dormida*. Madrid: Santillana, 2002. 432 pp.
- CORTE VELASCO, Clemencia. «Memorias del exilio de Tere Medina-Navascués: ficción y memorias del exilio español de 1939 en México». *Amérique Latine. Histoire & Mémoire*, 2009, 17. <https://doi.org/10.4000/alhim.3165> [10 mayo 2024].
- DEUTSCHKRON, Inge. *Ich trug den gelben Stern*. Múnich: dtv, 2003 [1978]. 224 pp.
- DOMÍNGUEZ PRATS, Pilar. (2016): «Guerra de memorias y memorias de la guerra». *Bulletin Hispanique*, 2016, 118-1, pp. 65-79.
- FERNÁN-GÓMEZ, Fernando. *El tiempo amarillo. Memorias ampliadas (1921-1997)*. Madrid: Debate, 1998. 709 pp.
- FORTE, Dieter. *Der Junge mit den blutigen Schublen*. Fráncfort del Meno: Fischer, 1998 [1995]. 302 pp.
- FORTE, Dieter. *Schweigen oder sprechen*. Fráncfort del Meno: Fischer, 2002. 96 pp.
- FREI, Norbert. «Deutsche Lernprozesse. NS-Vergangenheit und Generationenfolge seit 1945». En OLMOS, Ignacio y Nikky KEILHOLZ-RÜHLE (eds.). *Kultur des Erinnerns, Vergangenheitsbewältigung in Spanien und Deutschland*. Fráncfort del Meno: Vervuert, 2009, pp. 87-102.
- FULLBROOK, Mary. *German National Identity after the Holocaust*. Cambridge: Polity Press, 1999. 256 pp.
- GALÁN, Diego. *La buena memoria de Fernando Fernán-Gómez y Eduardo Haro Tecglen*. Madrid: Alfaguara, 1997. 353 pp.
- GOBIERNO DE ESPAÑA. «Declaración solemne con motivo del cincuenta aniversario del comienzo de la guerra civil» (1986), <https://www.elvalledeloscaidos.es/portal/?p=1780>

- GONZÁLEZ DE GARAY FERNÁNDEZ, María Teresa. «Laberintos de almas: autobiografías de los escritores del exilio republicano de 1939». En MONTIEL RAYO, Francisca (ed.). *La escritura del yo: Diarios, autobiografías, memorias y epistolarios del exilio republicano de 1939*. Sevilla: Renacimiento, 2018, pp. 89-151.
- GRASS, Günter. «De la pérdida. Sobre la decadencia de la cultura política en la Alemania unificada». En GRASS, Günter. *Obra Ensayística completa II. Artículos y opiniones* (1972-1997). Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2005 [1992], pp. 751-774.
- HALBWACHS, Maurice. *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004. 192 pp.
- HARO TECGLEN, Eduardo. *El niño republicano*. Madrid: Alfaguara, 1996. 344 pp.
- HUYSSSEN, Andreas. *Urban Palimpsests and the Politics of Memory*. Stanford: Stanford University Press, 2003. 192 pp.
- JARAUSCH, Konrad H. y Michael GEYER. *Shattered Past: Reconstructing German Histories*. Princeton: Princeton University Press, 2002. 380 pp.
- KLÜGER, Ruth. *Seguir viviendo*. Trad. Carmen Gauger. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1997 [1992]. 282 pp.
- MALDONADO ALEMÁN, Manuel. «Literatura, memoria e identidad cultural». En MALDONADO ALEMÁN, Manuel (coord.). *Literatura e identidad cultural. Representaciones del pasado en la narrativa alemana a partir de 1945*. Berna: Peter Lang, 2009, pp. 15-59.
- MARTÍN MARTÍN, Juan Manuel. «Ficcionalizar el recuerdo: del silencio a la memoria cultural. Dulce Chacón –La voz dormida (2002)–». En SUÁREZ, Juan Carlos y Diana GONZÁLEZ MARTÍN (eds.). *La memoria novelada II. Ficcionalización, documentalismo y lugares de memoria en la narrativa memorialista española*. Berna: Peter Lang, 2013, pp. 123-138.
- MATE, Reyes. «Historia y memoria. Dos lecturas del pasado». En OLMOS, Ignacio y Nikky KEILHOLZ-RÜHLE (eds.). *La cultura de la memoria. La memoria histórica en España y Alemania*. Madrid: Iberoamericana, 2009, pp. 19-28.
- MEDINA, Alberto. «Sharing Loss, or the Ethics of Discontinuity: The Republican Imaginary in Haro Tecglen and Haro Ibars». *Journal of Spanish Cultural Studies*, 2005, 6-2, pp. 227-238.
- MEDINA-NAVASCUÉS, Tere. *Sobre mis escombros / estampas de la guerra civil española*. Sevilla: Mono Azul Editora, 2006 [1971]. 165 pp.
- MONLEÓN BENNÁCER, José. *La travesía. 1927-2008. Memoria de mi tiempo*. Madrid: Marcial Pons, 2008. 272 pp.
- REICH-RANICKI, Marcel. *Mi vida*. Trad. José Luis Gil Aristu. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2000 [1999]. 534 pp.
- ROTHBERG, Michael. *Multidirectional Memory. Remembering the Holocaust in the Age of Decolonization*. Stanford: Stanford University Press, 2009. 408 pp.
- SALINAS BONMATÍ, Jaime. *Travesías: Memorias (1925-1955)*. Barcelona: Tusquets, 2003. 568 pp.
- SEMPRÚN, Jorge. «Prólogo». En KLÜGER, Ruth. *Seguir viviendo*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1997, pp. 5-8.

- TODOROV, Tzvetan. «Entrevista de Daniel Gascón a Tzvetan Todorov». *Letras Libres*, junio 2015, pp. 6-12.
- UHL, Heidemarie. «Das „erste Opfer“. Der österreichische Opfermythos und seine Transformationen in der Zweiten Republik». *Österreichische Zeitschrift für Politikwissenschaft* (ÖZP), 2001/1, 30, pp. 19-34.
- UHL, Heidemarie. «Opferthesen, Revisited. Österreichs ambivalenter Umgang mit der NS-Vergangenheit». *Aus Politik und Zeitgeschichte* (APuZ), 2018, 34/35, pp. 47-54.
- WELZER, Harald *et al.* *Opa war kein Nazi. Nationalsozialismus und Holocaust im Familiengedächtnis*. Fráncfort del Meno: Fischer, 2002. 249 pp.